

Chapultepec, 28 de Mayo de 1866.

“Mi querido mariscal.

“Las noticias que recibo del interior y del exterior, me demuestran la imperiosa necesidad que hay de arrojar á Juarez de Chihuahua, y ocupar esta ciudad de una manera definitiva, para quitar á los Estados-Unidos el único pretesto plausible para acreditar cerca de él un embajador, y la ocasion de presentar cada dia nuevas exigencias.

“Es evidente que tanto importa á los intereses de nuestro glorioso soberano, y *mi augusto aliado el emperador Napoleon III, como á los míos, poner término á las pretensiones del gabinete de Washington*, arrojando á Juarez de la última capital: aún en ello va tambien nuestro honor.

“Lo repito, las noticias del exterior que acabo de recibir, hacen resaltar la urgencia de esta medida, y como gefe de mi ejército tendreis la bondad de atender inmediatamente de su ejecucion.

“Insisto de nuevo en la pronta formacion de batallones franco-mexicanos, y en la necesidad de constituir al momento sus cuadros franceses, porque urge mucho.

“Sobre todos estos puntos escribo al emperador Napoleon, dándole parte de mi resolucion.

“Vuestro adicto,

MAXIMILIANO.”

La corte de México ignoraba cuál era la conducta del gabinete francés, puesto que acariciaba aún la esperanza de acabar con las pretensiones del gabinete de Washington, y se alucinaba con arrastrar á su aliado en este camino. Dos razones poderosas combatian nuestra vuelta á Chihuahua. Primera: los gastos que iba á ocasionar esa lejana espedi-

cion, debian gravar sin provecho el tesoro mexicano, bastante agotado ya. Además, nuestro cuartel general tenia la órden de su gobierno de evitar en todo caso las eventualidades que provocasen un conflicto en las fronteras del Norte, aquellas sobre todo adonde los americanos ejercian una accion directa. Segunda: que semejante espedicion era una falta; porque fácilmente se podia preveer que á semejante distancia la ocupacion no podia ser permanente. Era fatigar sin objeto nuestras columnas de operaciones, cuando eran mas útiles en otros puntos.

Sin embargo, se ejecutó la órden imperial. El comandante Billot se dirigió rápidamente sobre Chihuahua, de donde salió Juarez seguido solamente de algunos compañeros de camino, huyendo de nuevo hácia *Paso del Norte*. Los soldados y los funcionarios liberales se habian desparamado por todos lados. Durante seis semanas, las tropas francesas trabajaron en fortificar la ciudad, de manera que quedase al abrigo de una vuelta ofensiva, y despues de haber ejecutado estos trabajos, fueron relevados por mil doscientos imperiales casi, que no tardaron en ser atacados. Sus gefes, en lugar de concentrarse en la plaza fortificada, y defender sus entradas, emprendieron una salida con sus fuerzas á media legua de la ciudad: en la noche su derrota era completa, y Chihuahua aclamaba definitivamente la república.

Este episodio militar se reprodujo en muchos puntos del territorio, y Maximiliano, á quien la prensa francesa y extranjera han presentado frecuentado en desacuerdo con nuestro cuartel general, solo del auxilio de este aguardaba los medios de defender el imperio. Es que el príncipe no podia hacer responsable al mariscal de los actos de su gobierno, y apesar de todo, le estaba agradecido por sus esfuerzos. La carta que se va á leer, atestiguará un sentimiento hostile de la corona descontenta con la direccion de

las operaciones militares, cuando por el contrario en ella se quiere concentrar la autoridad absoluta en manos del general en jefe?

“México, 3 de Junio de 1866.

“Mi querido mariscal.

“Para terminar prontamente la organizacion del ejército, lo que se necesita, ante todo, es unidad de accion.

“Las ideas que con este motivo habeis emitido en el consejo, están llenas de esactitud y de buen sentido práctico. Por otra parte, sois ya el general en jefe de todo el ejército, y director esclusivo de todos los movimientos militares, es decir el mejor juez de lo que debe hacerse, estando ademas en posicion de ejecutarlo.

“Acabo, pues, de investiros hoy con una autoridad absoluta para la organizacion de los batallones franco-mexicanos, y la reforma del ejército nacional.

 “Todas las órdenes que deis y trasmitais al ministerio de la guerra, dirán: “por orden del emperador.”

“Tal es el plan que he aceptado definitivamente, despues de que me habeis ilustrado con vuestros consejos: se ha concebido únicamente con el objeto de concentrar en vuestras manos una organizacion que solo vos y vuestros dignos oficiales pueden realizar.

MAXIMILIANO.”

Para cualquier espíritu imparcial que se haya penetrado del sentimiento de cordialidad que hasta aquí reinaba entre la corte de México y el mariscal; para quien sin predisposicion haya apreciado la sinceridad de los esfuerzos hechos por nuestro cuartel general á favor de la consolidacion

del trono imperial, usando de los medios restringidos y de las facultades que le habia concedido el gobierno francés: en fin, cuando se haya leído esta correspondencia tan conciliadora, de la cual hemos reproducido muchos fragmentos, parecerá extraño que el emperador y la emperatriz de México hayan podido quejarse secretamente al emperador Napoleón del general en jefe, pidiendo fuese llamado á Francia. Sin embargo, esto era lo que pasaba hacia muchos meses ya, sin saberlo el mariscal, el cual supo la verdad, del mismo Paris, mas tarde, durante la época del viaje á Europa de la emperatriz Carlota. Y que todo exigia la franqueza: convenia á un soberano articular leal y directamente sus quejas, si las creia justas. Esto era tanto mas un deber para la corona, cuanto que en otra época habia manifestado al general en jefe, cuando fué elevado á mariscal, sentimientos que no habian contribuido poco á detenerlo en el suelo mexicano, adonde creia prestar un servicio á la monarquía: el mariscal tenia la conciencia de que no habia desmerecido de esos sentimientos.

“Penjamillo, 7 de Octubre de 1864.

“Mi querido mariscal y amigo.

“Con el mayor placer acabo en este instante de recibir la noticia de vuestra elevacion á mariscal.

“Al distinguiros con tan alta muestra de favor, el emperador satisface los deseos de todos los buenos mexicanos, á los cuales, y en su nombre, habeis devuelto la libertad y la paz, de lo que siempre os estarán reconocidos. Una sola cosa podria disminuir la alegría que nos causa este feliz acontecimiento, y seria el que por este motivo tuviéseis que abandonar nuestra patria. Espero que el emperador Na-

poleon no privará á México de vuestros servicios que le son tan necesarios.

“Al reiteraros las felicitaciones mas cordiales.....

“Vuestro muy adicto,

MAXIMILIANO.”

¿No habia en estas líneas mas que agua bendita de la corte? La carta de la emperatriz Carlota, apresurándose á participar este feliz acontecimiento al general en jefe, adjuntándole los periódicos de Bélgica, respiraba la misma benevolencia. Algunos momentos tan solo de verdadero desacuerdo habian venido al principio de 1866, á turbar la armonía entre la corona y el cuartel general. Por orden del emperador Napoleon, un oficial francés habia vuelto á México habiendo fenecido la licencia que se le concedió. Maximiliano, que entonces no estimaba ya los servicios de este oficial, dirigió al general en jefe la siguiente carta:

“Mi querido mariscal.

“Acabo de saber la repentina vuelta de M*** que acaba de desembarcar en Veraacruz. Tengo motivos para sorprenderme de la vuelta de este oficial, y por tanto, me hareis saber por qué se han separado de las instrucciones que habian emanado de la reunion especial que con este objeto habiamos tenido en México.

MAXIMILIANO.”

Como se vé, Maximiliano hablaba como amo: pero como puede preverse, el mariscal no habia podido prestarse á discutir los actos de su soberano, único juez de la eleccion de los oficiales destinados á hacer la campaña de México. En la misma noche, en los salones de palacio, en presencia del cuerpo diplomático, y despues de la salida del general en jefe, Maximiliano creyó deber recriminar este hecho en

términos algo vivos. La actitud del mariscal, instruido de este penoso incidente, estaba enteramente marcada; pero el emperador de México, cuyo corazon era tan grande, no tardó en procurar, el primero, borrar las huellas de este disgusto. Jamás este soberano ni la emperatriz habian hecho saber al general en jefe directa ni indirectamente las quejas que dirijian á la corte de las Tullerías, y sin las indiscreciones que se cometieron durante la permanencia de la emperatriz Carlota en el Gran Hotel de Paris, el mariscal hubiera ignorado todo durante mucho tiempo.

Pero el mariscal, en quien el orgullo de los Hapsbourg no podia dejar de ver al soldado advenedizo, tenia un defecto muy grave á los ojos de Maximiliano y de su augusta compañera, y era la de querer en todo continuar siendo francés. Las instrucciones del gabinete de las Tullerías, de fecha 6 de Enero de 1866, y desde entonces repetidas sin cesar, prescribian ya al cuartel general, “*que no pusiese en juego su influencia, sino con mucha reserva.*” “Apesar de las quejas de Maximiliano, escribian de allá, no queremos dar un solo soldado mas.” Al fin del mismo mes, decian aún de Paris al mariscal: “habeis procedido con prudencia concentrando vuestras tropas entre San Luis, Aguascalientes y Matehuala. Que nuestro papel militar acabe gradualmente.” Desde los últimos dias de Mayo de 1866, el gobierno francés “esperaba resoluciones estremas de parte de Maximiliano;” agobiado por la penuria del erario, apelaba á la adhesion del general en jefe para que no volviese todavía á Europa, adonde se preparaba á ir con las primeras tropas embarcadas, y para que aceptase las fatigas de la evacuacion hasta el término final de la retirada. Maximiliano mismo habia atestiguado al jefe del cuerpo espedicionario toda la satisfaccion que le causaba semejante medida. Pero, apesar de todo, la corte de México se habia dejado persuadir de que debia reclamar el envío de mayor número de

fuerzas francesas, y que le abrieran créditos importantes: tenia la conviccion, al ver la resistencia del cuartel general á sus proyectos, que el mariscal era el único obstáculo á que nuestro país hiciese nuevos sacrificios que, á su juicio, debian asegurar el triunfo de su causa. Esta corte alimentaba la idea de que la Francia estaba enteramente dispuesta á venir en su ayuda. Pero el mariscal, que estaba bien instruido de las intenciones del gabinete de las Tullerías desde fines de 1865, así como tambien del estado de la opinion pública en Francia y en los Estados-Unidos, para nada queria provocar un aumento de fuerzas, que ciertamente se le habria rehusado. Su opinion personal era, que habiamos gastado ya bastante oro, y habiamos perdido bastantes hombres: y como no cesaba de hacérselo presente á Maximiliano, le sorprendia la impotencia del elemento mexicano, por lo cual no podia consentir en esponer á su país á nuevos azares. El soberano de México tenia razon al desear para su patria recursos mas considerables: además, al mariscal le habria agrado mandar un ejército mas imponente: ¿pero no se hubiera condolido la Francia al ver que uno de sus generales arrastraba á aquella tierra lejana algunos millares de hombres mas? ¿Qué cuentas tan sangrientas no reclamaria hoy? Algunos han creido y aun podrán creer hoy, que con aumentar el efectivo del ejército, habria bastado para decidir el triunfo de la monarquía. Estos no han asistido á las intrigas ni á las defecciones de la corte, ni han presenciado el cuadro aflictivo de las dificultades financieras que renacian sin cesar. Ignoraban las instrucciones venidas de Francia, que prescribian evacuar las plazas desde los primeros dias de 1866; no han podido tener en cuenta la inercia calculada de los altos funcionarios, lo cual pesaba sobre casi todo el territorio del imperio. Debia compadecerse á Maximiliano, pero no por esto podia acusarse al general en gefe.

Para convencerse mas, bastará ver el despacho que en aquella misma época M. Bigelow, ministro americano en Paris, dirigia á su gobierno, quien le habia prevenido que pidiese esplicaciones al gabinete de las Tullerías sobre pretendidos movimientos de tropas que se decia estaban destinadas á México.

“Paris, 4 de Junio de 1866.

“A M. Seward, sub-secretario de Estado en Washington.

“Señor.

“El domingo último fuí á la casa de S. E. el ministro de negocios extranjeros, para conferenciar con él sobre el objeto indicado en vuestras instrucciones marcadas como *confidenciales*. Nada nuevo he tenido que esponerle, porque ya le habia informado sobre el contenido de este despacho el ministro francés, residente en Washington.

“Despues he hecho presente que el objeto de vuestras instrucciones, como yo las comprendo, será sin duda obtener una esplicacion que probablemente á vos mismo os pedirán, con relacion al embarque en Francia de tropas numerosas para México, despues de haber proclamado oficialmente la intencion de retirar todo el ejército.

“A esto me contestó S. E., que desde la última vez que nos vimos, no ha recibido de sus colegas, los ministros de Guerra y el de Marina, la noticia de que se hubieran enviado á México en este año, ningunas tropas pertenecientes al cuerpo expedicionario, sino el número preciso de reemplazos, pero sin aumentar en manera alguna el efectivo. El embarque de tropas mencionado en los periódicos y en vuestro despacho es, probablemente, el que tuvo lugar en el *Rhône*

hacia principios del año. Este buque ha tocado la Martinica y no Saint-Thomas como se ha dicho. Llevaba á bordo novecientos diez y seis soldados, y no mil doscientos; pertenecian á la legion extranjera y no al cuerpo expedicionario.

“Estos soldados habian esperado mucho tiempo su transporte en Francia y en Argel, antes de ir á incorporarse á sus regimientos. Ningun nuevo enganche se ha hecho para la legion extranjera, desde que el emperador ha anunciado su intencion de retirar su bandera de México, y no se sabe que se trate de hacer nuevos enganches.

“En cuanto á lo que concierne al embarque de tropas reclutadas en Austria, S. E. me ha dicho que este es un negocio entre el gobierno austriaco y los mexicanos, y que la Francia nada tiene que ver en ello. Desde que le he significado el hecho, ha rectificado sus convicciones sobre este objeto, dirijiendo un despacho á los ministros de la Guerra y de Marina, los cuales le han espuesto que ninguna especie de liga hay ni para enganchar ni para trasportar tropas de Austria á México.

“Despues me ha declarado que la intencion del gobierno es retirar todo su ejército de México, lo mas tarde en el plazo marcado en la nota que os dirijió, y mas pronto aún, si la temperatura y otras consideraciones lo permiten, y que no tiene intencion de reemplazar este ejército con ninguna otra tropa, cualquiera que sea su origen.

“Al terminar esta larga conversacion, *cuyo importante resultado os he hecho conocer ya*, he espresado al ministro la satisfaccion que me causaban sus esplicaciones, y el placer que tendria al comunicarlas á mi gobierno.

“Esta nota ha sido presentada á M. Drouyn de Lhuys, quien ha aprobado el relato de nuestra conversacion que ella contiene.

JOHN BIGELOW.”

La lectura de esta nota podia dejar á Maximiliano alguna esperanza de obtener tropas de refuerzo. Así era como los Estados-Unidos seguian paso á paso los actos de la política francesa, contando hombre por hombre casi, los destacamentos que se necesitaban para reemplazar nuestro efectivo. Estaba prohibido el mismo reclutamiento de los austriacos. ¡Hacia mucho tiempo que el gobierno de la Francia no se habia visto sometido á una tutela tan tiránica! El único recurso de reclutamiento militar que quedaba á Maximiliano, consistia, en lo de adelante, en enganchar á los soldados franceses cumplidos que, en lugar de embarcarse para Europa, quisiesen servir en los *Cazadores*.